

CONSEJO PERMANENTE



OEA/Ser.G  
CP/ACTA 1195/99  
23 julio 1999

ACTA  
DE LA SESIÓN PROTOCOLAR  
CELEBRADA  
EL 23 DE JULIO DE 1999

Para conmemorar el natalicio  
del Libertador Simón Bolívar

## ÍNDICE

	<u>Página</u>
Nómina de los Representantes que asistieron a la sesión.....	1
Palabras de la Presidenta del Consejo Permanente.....	2
Palabras del Secretario General Adjunto .....	3
Palabras de la Representante Permanente de Bolivia .....	6

## CONSEJO PERMANENTE DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS

### ACTA DE LA SESIÓN PROTOCOLAR CELEBRADA EL 23 DE JULIO DE 1999

En la ciudad de Washington, a las diez y treinta de la mañana del viernes 23 de julio de 1999, celebró sesión protocolar el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos para conmemorar el natalicio del Libertador Simón Bolívar. Presidió la sesión la Embajadora Beatriz Ramacciotti, Representante Permanente del Perú y Presidenta del Consejo Permanente. Asistieron los siguientes miembros:

Embajador Courtney Blackman, Representante Permanente de Barbados  
Embajador Denis G. Antoine, Representante Permanente de Grenada  
Embajador Lionel Alexander Hurst, Representante Permanente de Antigua y Barbuda  
Embajador Antonio Mercader, Representante Permanente del Uruguay  
Embajador Carlos Portales, Representante Permanente de Chile  
Embajador Peter M. Boehm, Representante Permanente del Canadá  
Embajador Alfonso Quiñónez Lemus, Representante Permanente de Guatemala  
Embajadora Marlene Fernández del Granado, Representante Permanente de Bolivia  
Embajador Claude Heller, Representante Permanente de México  
Embajador Hernán R. Castro H., Representante Permanente de Costa Rica  
Embajador Luis Alfredo Ramos, Representante Permanente de Colombia  
Embajador Patricio Vivanco, Representante Permanente del Ecuador  
Embajador Álvaro Sevilla Siero, Representante Permanente de Nicaragua  
Embajadora Virginia Margarita Contreras Navarrete, Representante Permanente de Venezuela  
Embajador Diego Abente Brun, Representante Permanente del Paraguay  
Ministro Consejero César Augusto de Souza Lima Amaral, Representante Interino del Brasil  
Segundo Secretario Henry Leonard MacDonald, Representante Interino de Suriname  
Ministra Vilma McNish, Representante Interina de Jamaica  
Consejera Sheila G. Carey, Representante Interina del Commonwealth de las Bahamas  
Ministro Consejero Carlos Montoya Castro, Representante Interino de Honduras  
Consejero Juan Carlos Valle Raleigh, Representante Interino de la Argentina  
Ministra Consejera Cecily Norris, Representante Alterna de San Vicente y las Granadinas  
Ministro Consejero Luis Menéndez Castro, Representante Alterno de El Salvador  
Ministra Elizabeth Astete, Representante Alterna del Perú  
Embajador Juan M. Pons, Representante Alterno de Panamá  
Asesora Legal Nunotte Zama, Representante Alterna de Haití  
Consejera Mayerlyn Cordero Díaz, Representante Alterna de la República Dominicana  
Consejera Jasmine E. Huggins, Esq., Representante Alterna de Saint Kitts y Nevis  
Primera Secretaria Martha Louis Auguste, Representante Alterna de Santa Lucía  
Consejera Georgia Brown Williams, Representante Alterna de Belice  
Primera Secretaria Deborah Yaw, Representante Alterna de Guyana  
Ministro Consejero Michael Wallace, Representante Alterno del Commonwealth de Dominica

También estuvo presente el Secretario General Adjunto, Embajador Christopher R. Thomas, Secretario del Consejo Permanente.

La PRESIDENTA: Declaro abierta la presente sesión protocolar del Consejo Permanente, convocada para conmemorar el aniversario del natalicio del Libertador Simón Bolívar.

#### PALABRAS DE LA PRESIDENTA DEL CONSEJO PERMANENTE

La PRESIDENTA: Señor Secretario General Adjunto, distinguidas Embajadoras, distinguidos Embajadores, apreciados amigos todos:

Me ha correspondido esta mañana, en mi doble condición de Embajadora del Perú ante la Organización de los Estados Americanos y de Vicepresidenta del Consejo Permanente, en ausencia de nuestro Presidente, convocarlos para conmemorar el doscientos dieciséis aniversario del natalicio del Libertador Simón Bolívar.

Se trata, queridos amigos, de una ocasión que me honra, porque el Perú se siente orgulloso de ser un país bolivariano, al igual que Bolivia, Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela, naciones donde el Libertador Simón Bolívar dejó su huella precursora del movimiento panamericanista, orgullo que es también compartido por todos ustedes, por todos los países que constituimos la gran familia de las Américas.

Al umbral del nuevo milenio, en momentos en que nuestra Organización y todo el sistema interamericano están transitando por un proceso de inevitable modernización y renovación, para estar en capacidad de responder adecuadamente a las aspiraciones y necesidades de los pueblos de las Américas, no podemos dejar de recordar a Simón Bolívar, que fue un soñador, un visionario y, a la vez, un hombre de acción y de realizaciones concretas.

Debemos rendirle hoy un homenaje al inspirador del ideal de la integración y de la solidaridad continental. Sea válida esta oportunidad, como ninguna otra, para renovar el compromiso de hacer realidad los propósitos y principios contenidos en nuestra Carta constitutiva, en la Carta de nuestra Organización, adaptándolos a los nuevos desafíos y retos de un mundo globalizado, con todos sus signos de impacto positivo y de impacto negativo también.

Este compromiso recae sobre cada uno de nosotros, sobre cada uno de nuestros Gobiernos, que tienen la responsabilidad de dar vigencia a ese ideal bolivariano que no es otro sino el de un horizonte de paz, integración y democracia, pero también de solidaridad, de equidad, de respeto por las entidades nacionales y por la persona humana, de preservación de la naturaleza, de crecimiento y de desarrollo integral.

Al mismo tiempo, tenemos también la responsabilidad de poner en acción la fuerza de la cooperación multilateral, de la acción concertada, de la acción colectiva, para hacerle frente a los problemas que le restan legitimidad a nuestras democracias, como son el narcotráfico, el terrorismo, la corrupción y la pobreza crítica que afectan gravemente a nuestras sociedades.

Apreciados colegas, la relevancia e importancia de la OEA en nuestro continente no proviene de su antigüedad ni de su continuidad en el tiempo, ni tampoco de su accidentado tránsito por la vida colectiva de las Américas, sobre todo en las épocas de la Guerra Fría. Si queremos evocar el pasado, creemos, sí, que es propicio hoy, inspirándonos en los pensamientos del Libertador Simón Bolívar, reiterar que no cesaremos en nuestros ideales de un continente que está llamado a tener un destino

común, un destino que demanda unidad, que demanda el entendimiento para desterrar juntos la miseria y la discriminación, así como los engendros de pernicioso violencia y corrupción que se encuentran detrás del tráfico de armas, del terrorismo, del tráfico de drogas ilícitas, de la xenofobia. Esa violencia, esa inequidad y asimetría son fuerzas negativas que atentan contra la justicia, contra la paz y el bienestar de todos y cada uno de los seres de este continente.

En la búsqueda de estos ideales panamericanistas, sembrados sin igual por el Libertador Simón Bolívar, reafirmemos nuestra voluntad de continuar con un trabajo sostenido de integración, de respeto mutuo, de solidaridad. Continuemos con un trabajo sostenido de diálogo y acción multilateral en el marco de las instituciones interamericanas. Continuemos fortaleciendo nuestras democracias, preservando los propósitos y principios de nuestra Carta en consonancia con los nuevos mandatos, pues de esa forma estaremos avanzando de manera gradual, pero sostenida, hacia las metas y los ideales con los que soñó el libertador continental. Muchas gracias.

Antes de ceder la palabra a nuestro distinguido Secretario General Adjunto, en nombre de todas las delegaciones que se dieron cita hoy en la Plaza Bolívar para este homenaje al Libertador, quiero agradecer a la distinguida Misión Permanente de Venezuela, en la persona de su Representante Permanente, Embajadora Virginia Contreras, la ofrenda floral que fue ofrecida por esa Misión. Quiero leerles el mensaje que acompañaba esa ofrenda floral:

Siendo la oportunidad de conmemorarse, este 24 de julio, el natalicio de nuestro Libertador Simón Bolívar, la Misión Permanente de Venezuela ante la Organización de los Estados Americanos ha querido contribuir con un pequeño detalle, el cual esperamos sea recibido en señal de solidaridad, hermandad y afecto sincero, no solo por nuestros hermanos bolivarianos sino por todos los países de América que han tenido la suerte de contar en su historia con la presencia permanente de quien, a cambio de nada, lo dio todo por la libertad.

#### PALABRAS DEL SECRETARIO GENERAL ADJUNTO

La PRESIDENTA: A continuación, entonces, me es muy grato, conforme al orden del día, ofrecer la palabra al Excelentísimo Embajador Christopher Thomas, Secretario General Adjunto de esta Organización. Tiene usted la palabra, señor Embajador.

El SECRETARIO GENERAL ADJUNTO: Madam Chair, distinguished permanent representatives and permanent observers, ladies and gentlemen:

Today, as in previous years, we celebrate the birth and life of Simón Bolívar, *el Gran Libertador*.

The name Simón Bolívar often invokes thoughts of bravery, leadership, strength, and vision. Indeed, from early in his life, Simón Bolívar saw Latin America not simply as a group of colonies belonging to various imperial powers, but as a strong, allied confederation of independent republics sharing common political and economic goals. In that regard, Simón Bolívar was a visionary. He believed that the people of Latin America had both the ability and the right to rule themselves. Thus they had to fight for freedom and equality. Simón Bolívar felt that independence from Spain was essential for Latin America's growth and autonomy; he was willing to give his life, if necessary, to win that independence.

Born in Caracas, Venezuela, on July 24, 1783, to a wealthy landed Creole family, Simón Bolívar traveled extensively throughout America and Europe during his youth, becoming familiar with different socioeconomic and political realities. He saw enough to develop a belief in the fundamental equality of all men. Indeed, he was fascinated with the thinkers and premises of the European Enlightenment; namely, the right of man and the principles of brotherhood and freedom.

In the geopolitical context of Venezuela, his homeland, he advocated the abolition of African slavery and equal treatment of citizens of African and Indian ancestry. As has been well established, Simón Bolívar began to participate in the revolutionary movement in Caracas, Venezuela, in 1810, after local patriot forces created the first governing junta. His efforts led to the passage of Venezuela's Declaration of Independence from Spain, issued on July 5, 1811.

Over the next 14 years, Bolívar led the Patriot Revolutionary Forces of northern South America. Bolívar helped found the Unitary Republic of Gran Colombia, incorporating Venezuela, New Granada, and Ecuador. His efforts in this regard were rewarded when the newly established congress named him as the republic's first constitutional president. In 1824, due in large part to Bolívar's direction and leadership, South America was finally freed from Spanish colonial rule.

Still, despite all his success, Bolívar longed to establish a permanent alliance of all Spanish-American nations. To this end, in 1826, he called for a regional congress to meet in Panama. However, the congress did not establish a league of Spanish-American states, as Bolívar had hoped.

The conflicting fortunes of the revolution forced Bolívar to seek exile, and he did so in Jamaica. There he composed the famous Jamaica Letter analyzing the state, present and future, of Spanish America. Bolívar made many friends in Jamaica and in other Caribbean islands. Indeed, during his unrelenting quest for independence, Bolívar received much assistance, advice, and support from his Caribbean allies, particularly those from Haiti.

Bolívar's Jamaican Letter illustrates his panamericanistic ideas as he assessed the socioeconomic conditions and historical reality of the entire American continent. In 1992, in my address to this Council, I advocated this point of view when I said:

The fact that the patriot's vision did not explicitly encompass the wider Americas as we now understand them does not negate the integrity of its furthest outreach. For while the conditions of political immediacy might have circumscribed his focus, in less vexing circumstances the realities of a wider America, encompassing all countries of Latin America and the Caribbean, would certainly have engaged his policy.

Indeed, two Caribbean countries provided welcome asylum to him at certain difficult moments of his liberation struggle. The increasing integration of the entire Hemisphere, including all independent states of our region, must therefore be acknowledged as implicitly consistent with the Liberator's vision.

In this regard, Bolívar's ideas serve as a precursor to the opinions and views that led to the founding of the Organization of American States. To be sure, the OAS represents a model of Bolívar's idealized union of Latin American and Caribbean states. However, while Bolívar sought to

establish a confederation of independent states in America, he did not believe this would occur during his lifetime. He writes, for example:

It is a grandiose idea to think of consolidating the New World into a single nation, united by pact into a single bond. Since these lands have a common origin, language, customs, and religion, they ought to have a single government to permit the newly formed states to unite into a confederation, but this is not possible because America is divided by climatic differences, conflicting interests, and different characteristics.

How beautiful it would be if the Isthmus of Panama could be for us what the Isthmus of Corinth was for the Greeks! Would to God that one day we may have the good fortune to convene there an august assembly of representatives of the republics, kingdoms, and empires to deliberate on the high interests of peace and war with the nations of the other three-quarters of the globe. This type of organization may come to pass in some happy period of our regeneration.

These excerpts from Bolívar's Jamaican Letter exemplify his desire for a powerful, autonomous Latin American/Caribbean regional government. Simón Bolívar did not live to see his dreams realized. Within the framework of multilateralism, however, the OAS now constitutes such an intergovernmental body, one empowered not only to facilitate policymaking for its member states, but also to interact and negotiate with other individual and regional politico-economic entities. As such, the OAS symbolizes the realization of Bolívar's dream.

As we enter the 21<sup>st</sup> century and a new millennium, many of Simón Bolívar's ideas on integration are being pursued. The Free Trade Area of the Americas (FTAA) and regional integration movements, such as MERCOSUR, CARICOM, CATIE, and the Andean Pact, are manifestations of Bolívar's vision of a united continent. Indeed, Bolívar was ahead of his time in thinking and advocating ideas that are just now coming to light.

Simón Bolívar is credited today as the person who contributed most to the struggle for Spanish-American independence. To be sure, he clarified nationalistic objectives and established new states. Although his vision of a united South America was not realized during his lifetime, Bolívar was satisfied to see individual territories freed of Spanish rule. He died in Colombia on December 17, 1830, leaving an enduring legacy of greatness.

We pay our respects to this great man today and advance in the light of his legacy every day as our regional institution continues to evolve.

Thank you, Madam Chair.

La PRESIDENTA: Muchas gracias a usted, señor Embajador, por sus importantes reflexiones.

## PALABRAS DE LA REPRESENTANTE PERMANENTE DE BOLIVIA

La PRESIDENTA: A continuación, tengo el honor de ofrecer la palabra a la Excelentísima Embajadora Marlene Fernández del Granado, Representante Permanente de Bolivia, quien nos hablará en nombre de los países bolivarianos. Señora Embajadora, tiene usted la palabra.

La REPRESENTANTE PERMANENTE DE BOLIVIA: Señora Presidenta del Consejo Permanente, señor Secretario General Adjunto, señores Embajadores, señores Observadores, amigos todos:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer y, sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se bebía ni dónde se dormía. Preguntó solo: “¿Cómo se llega al lugar donde está la estatua de Bolívar?”

Y cuentan que el viajero, en medio de los altos y olorosos árboles de la plaza, que eran sus únicos testigos, lloraba de emoción y agradecimiento frente a la estatua que parecía que se movía con la actitud de un padre cuando se acerca para abrazar a un hijo. El viajero hizo lo correcto, porque todos los americanos debemos buscar en Bolívar al amante padre que luchó por que la América fuese de sus hijos, de los hombres y mujeres americanos.

Esto lo narra el apóstol de la independencia de Cuba, José Martí. Pero Martí es solo uno de los miles de agudos pensadores, filósofos y políticos que en todos los rincones del mundo se han inspirado en la figura de Bolívar. Hasta Marx, el célebre autor de “El capital” y el “Manifiesto Comunista”, en sus años de periodista del *New Daily Tribune*, escribió una biografía de nuestro libertador. El Presidente de la República Árabe Unidad, Gamal Abdel Nasser, en conmemoración de lo que su país describe como su liberación del protectorado británico, pidió una estatua de Bolívar para erigirla en una plaza de El Cairo, ubicada entre el Nilo y el Parlamento egipcio.

Resulta, entonces, grande el compromiso que asumo al tratar de rendir homenaje, en nombre de los países bolivarianos, al hombre más famoso de la América meridional, al hijo de dos sangres, al gran venezolano al que el célebre escritor británico Thomas Carlyle describiera como “un Ulises cuya Odisea sería conveniente referir, siempre que hubiese un Homero capaz de contarla”.

Sin lugar a dudas, ningún país del Continente tiene más institucionalizados el pensamiento y la obra de Bolívar que mi país, Bolivia, que no lleva ni ostenta en vano su nombre inmortal. Por eso es que Bolívar la llamó su “hija predilecta” y le dio, como deslumbrante partida de bautizo, su Constitución Política, aún vigente con algunas modificaciones circunstanciales que no cambiaron la forma de Estado unitario ni de Gobierno popular y democrático representativo.

En las distintas etapas de la humanidad han existido seres privilegiados que han dejado marcadas en la historia las huellas de su paso. Muchos de ellos quedaron inamovibles en la gloria del pasado, pero el genio político de Bolívar se proyectó al futuro.

Para nosotros, los americanos, Bolívar es nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir. Repitiendo la célebre frase del cura Choquehuanca, podemos afirmar que “su gloria crece como la sombra cuando el sol declina”.

Formada, como estoy, en el ejercicio profesional del periodismo, resolví cumplir con este compromiso embarcándome en la máquina del tiempo para dar encuentro al Libertador y, con un reportaje imaginario, recoger de sus propios labios el mensaje que este gran hombre nos dejara.

Quiero dejar muy claro que las respuestas de Bolívar, a las preguntas que realicé sobre temas de la actualidad en mi entrevista imaginaria, corresponden a transcripciones textuales del pensamiento de Bolívar, contenidos en sus cartas, discursos y proclamas.

Así, lo encontré poco antes de su histórico ingreso a nuestra actual Bolivia. Hallábase el Libertador en lo más florido de su vida. Era un hombre de cuarenta y dos años; de estatura mediana; cabeza larga, ancha en la parte superior y muy afilada en la inferior; la frente cilíndrica, surcada de arrugas; el pelo crespo, abundante e iluminado de canas.

Me impresionó el brillo de sus ojos. Eran negros, vivos, penetrantes e inquietos. Tenía las cejas espesas, separadas y arqueadas; la nariz afilada y la boca grande. Tenía la tez tostada por los vientos andinos y los rayos invernales del sol de la Cordillera que, como ustedes saben, no calienta, sino quema.

Sus largas horas de recorrido a caballo por el Altiplano no habían logrado estropear su sobrio y elegante uniforme. Había sido seguido fervorosamente por las multitudes cobrizas y por el ejército vencedor de Ayacucho, pero Bolívar no mostraba señales de fatiga. Se encontraba en la cúspide de su carrera militar y política, idolatrado por las multitudes, temido por sus enemigos.

Comenzó contándome que era amigo de bailar, y se lo notaba galante y muy adicto a las damas. Mostró buen humor e hizo chistes oportunos.

Bolívar había meditado mucho sobre el poder de la prensa y sus responsabilidades. Por eso, comenzó diciéndome:

–La imprenta es tan útil como los pertrechos. Ella ha menester de la protección de un gobierno ilustrado, que conoce que la opinión pública es la fuente de los más importantes acontecimientos.

Me repitió una queja que él había hecho a Vicente Salías, en 1814, por una nota que este publicó en la Gaceta de Caracas. Puso énfasis en que los periodistas que son “tan severos para censurar a personas en sus notas, tienen, en su búsqueda por la imparcialidad, la obligación de desmentir del mismo modo las calumnias”, y con convencimiento agregó:

–No es esto coartar la libertad de prensa, ni disputar el Gobierno la propiedad del contenido de la prensa. Manifiesten ustedes, los periodistas, las opiniones que quieran, siempre que no comprometan el crédito de la República. Es menester que nos representen fielmente, que no nos desfiguren con perjuicio de nuestra opinión. La primera de todas las fuerzas es la opinión pública.

Sobrecogida por la impresión que me producía este hombre menudo, que se enfrentó a las mayores adversidades, inicié mi reportaje.

Deseo reiterar, una vez más, que ninguna frase contenida en las respuestas mencionadas, o que voy a mencionar, ha sufrido alteración alguna de las palabras originales que en su momento pronunció Bolívar.

*–¿Qué opina del problema de la ingobernabilidad que afecta ahora a nuestros Estados de América Latina?*

–Los acontecimientos nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales. Me preocupa Caracas. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y elecciones populares, y estos partidos nos tornaron a la esclavitud. Así como Venezuela ha sido la República americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia de la forma democrática y federal para nuestros nacientes Estados. En tanto que los sudamericanos no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, temo que tendremos un futuro muy difícil. Desgraciadamente, estas cualidades parecen estar distantes de nosotros. Estamos dominados por el vicio de la ambición, la venganza y la codicia.

Profundamente centrado en el tema, Bolívar continuó:

–Como sudamericano, me siento obligado a referir algunos hechos que versan sobre la naturaleza de nuestras guerras intrínsecas. Casi todas las Repúblicas que más veneración han inspirado al género humano han llevado en su seno la semilla de la mortal discordia, lo que ha hecho decir que la desunión es, a menudo, el termómetro de la libertad, y que el goce de un gobierno liberalmente constituido se halla, por lo común, en proporción directa a la efervescencia de los partidos políticos y al choque de sus opiniones.

–Es cierto que la libertad es liviana, pero es difícil mantener en equilibrio aun a las naciones más cultas y civilizadas. ¿Cuál es la nación libre, antigua o moderna, que no haya padecido de la desunión? ¿Habrá historia más turbulenta que la de Atenas, facciones más sanguinarias que las de Roma, guerras civiles más violentas que las de Inglaterra? Nuestras discordias tienen su origen en las dos más copiosas fuentes de calamidad pública: la ignorancia y la debilidad.

Este espíritu de partido que al presente agita a nuestros Estados se encenderá aún con mayor encono. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras entre los partidos. Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el Estado es débil, cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones se agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio.

*–¿Cómo complica este escenario el flagelo de la corrupción?*

–La corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y la inmunidad de los delitos. La hacienda nacional no pertenece a quien es Gobierno, y todos los depositarios de los intereses públicos deben demostrar el uso que han hecho de ellos. Por eso es que he dictado el Código de Hacienda Pública, ordenando que todo individuo que usurpe los caudales del Estado, por pequeño que este sea, incurrirá en la pena de muerte.

*–Quisiera que opinara sobre el nepotismo.*

–Creo que Napoleón se quejaba mucho de no haber sido ayudado por su familia, a los que él había colocado en varios tronos de Europa. Yo no he colocado a ningún pariente en los altos destinos de la República. Jamás se me acusará de haber elevado individuos de mi familia. Al contrario, se me acusará de haber sido injusto con algunos que buscaban la carrera militar.

*–¿Cuál es su ideal de gobierno, General?*

–La base del gobierno perfecto debe ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de los privilegios. El sistema más perfecto, es aquel que produce la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política, no olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría ni en su forma ni en su mecanismo, sino en ser perfectamente apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para la que se instituye. Un gobierno debe garantizar el imperio de las leyes inexorables de la igualdad y la libertad.

*–¿Cómo es posible hacer factible la libertad?*

–He conservado intacta la ley de las leyes, que es la igualdad. Sin ella, perecerán todas las libertades, todos los derechos. La naturaleza hace a los hombres desiguales. Somos desiguales en genio, temperamento, fuerza y caracteres. Por eso, las leyes deben corregir esas diferencias.

*–¿Cuál es la prioridad de un gobierno, Libertador?*

–El primer deber de un gobierno es, sin duda, la educación. La nación será sabia, guerrera y virtuosa si los principios de su educación son sabios y virtuosos, pero ella será imbécil, supersticiosa y fanática si se la cría en la escuela de los errores. Por eso es que las sociedades más ilustradas han puesto siempre la educación entre las bases de sus instituciones políticas. Las naciones marchan hacia el término de su grandeza con el mismo paso con que camina la educación. Debemos poner especial énfasis en la educación de las niñas, las que se convertirán en la base moral de las familias.

*–¿Cómo percibe usted un sistema de justicia verdadero?*

–El Poder Judicial que propongo goza de una independencia absoluta. El pueblo presenta los candidatos y el Legislativo escoge los individuos que han de componer los tribunales. Si el Poder Judicial no emana de este origen es imposible que conserve, en toda su pureza, la salvaguardia de los derechos individuales. Necesitamos la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres.

*–¿Podría hablar sobre la idea, tal vez más cercana a su corazón, de la unión de los pueblos de América?*

Dejándose llevar por su fantasía poética, replicó:

–La Patria es la América. Mi imaginación se fija en los siglos futuros y veo esta vasta región servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana. La veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia y mostrando al Viejo Mundo la majestad del mundo moderno.

¡Qué idea más grandiosa la de moldear al Nuevo Mundo en una gran nación, enlazada por un solo vínculo, profesando una misma religión, con una sola lengua, un mismo origen, unas mismas costumbres y un solo gobierno!

Después de una pausa, añadió con tristeza:

–Pero esto es imposible, porque lo diverso de sus situaciones, lo contencioso de sus intereses dividen nuestra América.

–*Entonces, ¿es imposible la unión?*

–¡No! Hagamos una Federación de Naciones. Nacimos juntos a la historia, juntos debemos navegar en el proceloso futuro. Juntos debemos aparecer ante el resto de la humanidad en una unión que haga la fuerza.

Hay que poner desde ahora los cimientos de una especie de Asamblea de Plenipotenciarios que dé impulso a los intereses comunes de los Estados americanos, que dirima las discordias que pueden suscitarse entre los pueblos que tienen unas mismas costumbres y que, por falta de una institución tan santa, puedan enfrascarse en el tipo de guerras que han desolado a otras regiones menos afortunadas en el mundo.

Con estas palabras, el Libertador vislumbró, clara y genialmente, la institucionalización de nuestra centenaria y viviente Organización de los Estados Americanos.

–*¿Puede justificarse la intervención de un Estado en los asuntos internos de otro?*

–La legitimidad de un gobierno o de sus acciones deben examinarla sus súbditos y nunca los extranjeros. Yo no sé qué título pueda tener ningún extraño para pedir pruebas de legitimidad a ningún gobierno.

La entrevista había durado mucho tiempo. Me interrumpieron los lugartenientes de Bolívar, y él se fue, asegurando que su mayor logro había sido la abolición de la esclavitud.

Pensé que no había terminado de entender al hombre más grande de América y, usando una vez más la máquina del tiempo, resolví volver a verlo cinco años después, esta vez, en Santa Marta.

Bolívar tenía ahora casi cuarenta y siete años; se encontraba en mal estado de salud, desalentado. Accedió a verme por escasos minutos, quizás recordando que uno de los momentos más gloriosos de su vida había sido cuando mi país decidió llevar su nombre a la eternidad.

–No hay fe ni verdad en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Las Constituciones son libros, las elecciones son batallas, la libertad es anarquía y la vida es un tormento. Es nuestra situación; si no la modificamos, es mejor que perezamos.

*–General, sus críticos lo acusan de haber querido hacerse coronar rey o haber tratado de imitar a Napoleón.*

–Colombia no es Francia ni yo soy Napoleón. Nunca busqué el trono porque este me produce terror, tanto por su altura como por su esplendor. Se borraría la igualdad. Mis enemigos y mis insensatos amigos han hablado tanto de esa corona que harán que me expulsen de Colombia y de América. Se niegan a creer que detesto el poder, aunque sí admito que amo la gloria.

*–Pero, ¿no infringió usted sus propios ideales de gobierno cuando aceptó la dictadura de la Gran Colombia y del Perú?*

–Mantengo lo que dije a los representantes de Angostura. Solamente ante una necesidad forzosa, unida a la imperiosa voluntad de un pueblo, puede un hombre ser sometido al terrible y peligroso encargo de dictador y jefe supremo de una república. Respiré al devolver esa autoridad que con tanto riesgo, dificultad y pena mantuve en medio de las tribulaciones más penosas que puedan afligir a un cuerpo social. La dictadura que detenté no tuvo la omnipotencia de la tiranía que aborrezco, fue el sacrificio que ofrecí al orden público.

*–¿No habría, entonces, una contradicción entre su adhesión a los principios republicanos y democráticos y su apología de un gobierno fuerte?*

–No. A nuestros compatriotas les faltan todavía aquellas virtudes que caracterizan a los verdaderos republicanos. El gobierno debe ajustarse a las circunstancias de su época y a los hombres que comprende. Si estos son adaptables y prósperos, el gobierno debe ser indulgente y protector; pero, cuando son peligrosos o indiferentes, el gobierno debe ser fuerte e insensible hasta que la paz se haya restablecido.

Luego, con gran amargura contó de los destructores de su obra, sus directos colaboradores:

–Han contrariado mi marcha, han sembrado la discordia, han fomentado los partidos, han perdido la moral pública y han insubordinado al ejército. Ellos, pues, con algunas diferencias, son los autores de los males de la patria, de la desastrosa anarquía que se está preparando.

Bolívar no podía repararse de la tremenda impresión que le provocó la noticia del asesinato de Antonio José de Sucre, y susurró:

–No se puede hacer nada bueno, porque los hombres buenos han desaparecido y los malos se han multiplicado. Las perspectivas de América del Sur me deprimen, me entristecen. Mi aflicción no tiene límites. La calumnia me estrangula como las serpientes. Ya no puedo más, estoy cansado. En veinte años de trabajo hice lo que pude. ¿Quién tiene derecho a exigir más de mí? Les toca ahora a ustedes comenzar con sus funciones, yo he terminado las mías.

*–Para concluir, podría usted darme un vaticinio sobre el porvenir de América.*

Pausadamente, Bolívar respondió:

–Esta región pasará por todas las formas de gobierno, hasta que surja el día en que la raza anglosajona invada a Hispanoamérica de un modo democrático y se forme una inmensa nación que conquistará el mar americano y traerá la riqueza y la civilización a este continente. El destino de América es profundo y sublime, pero, antes, experimentará todas las etapas de las naciones medievales. Las naciones que he fundado, luego de una larga y prolongada agonía, sufrirán un eclipse, pero después surgirán como Estados de una sola gran República, América.

A mi retorno de la entrevista imaginaria con Bolívar, concluí que el Libertador está hoy más vivo y su pensamiento más presente que nunca; que los males que quiso extirpar de nuestras tierras continúan haciendo estragos en nuestras sociedades; que, a casi ciento setenta años de su muerte, no hemos sido capaces de encontrar recetas distintas para acabar con las ataduras de esta América.

Por eso es que las nuevas generaciones, que recién comenzamos a escucharle y a comprender enteramente su sabiduría, tenemos la obligación de preguntarnos: ¿Qué homenaje le estamos rindiendo a nuestro Libertador, girando alrededor de una realidad que no rebasa la dependencia ni el desamparo, transcurriendo entre fríos y soles, con el plato vacío, sin techo y sin abrigo?

¿Qué sentiría el Libertador si esta vez fuera él el que retornara a nuestros suelos y fuese recibido por el paisaje marginal de la miseria urbana, lastimado por la resolana de un agro abandonado? ¿Qué sentiría si tuviera que arrodillarse ante un Cristo clisado por mil sectas, si tuviese que conversar con un castellano avergonzado de su raza y de su idioma?

¿Pensaría, tal vez, que hemos cambiado reyes por divisas, esclavitud por desempleo, selvas por sustancias peligrosas, dignidad por liquidez, votos por ofrecimientos de trabajo, opinión pública por publicidad y, tal vez, al caudillo por carismáticas imágenes de televisión masiva?

Creo que a Bolívar no lo consolaría ni un coro de voces de alabanzas ni de bendiciones a su nombre.

¿Consideran ustedes, distinguidos Embajadores y amigos, que desde esta patria actual de Bolívar, y a pesar de los indudables e importantes avances que hemos realizado, nuestro Libertador volvería tranquilo a su sepulcro y aceptaría con gozo este homenaje?

¡Probablemente no! Aunque, tal vez, me atrevo a pensar que comprendería que en el nuevo mundo globalizado ya no se trata de liberar naciones; que en esta nueva realidad de la riqueza de los unos depende la supervivencia de los otros; que ya no existen vencedores ni vencidos; que las organizaciones e instituciones internacionales muchas veces pueden más que nuestros Estados; que los convenios pueden más que las fronteras; que tal vez llegó el momento en que, en vez de llamarnos países, bien podríamos llamarnos administradores territoriales; que ya no vale el llanto de una madre por la pérdida de un soldado que lucha por recuperar un mar o una llanura; que, al final, ese mar o esa llanura es de todos.

Nos diría tal vez que la grandeza abruma; que la fuerza no se impone sin razones, y que su obra, como el sol, se hunde. No en vano lamentó Bolívar: “Aré en el mar, y el Ande se hizo espuma”.

Para concluir, propongo que, en lugar de entonar himnos en memoria del Libertador, meditemos en silencio y prometamos ante su tumba trabajar unidos para cumplir su sueño de hacer de esta nuestra América la reina de las naciones, la madre de las Repúblicas. Muchas gracias. [Aplausos.]

La PRESIDENTA: Apreciada Embajadora de Bolivia, permítame expresarle las más sinceras felicitaciones. Estamos muy agradecidos por su inspirado y original discurso que, sin duda, nos ha reflejado tanto el espíritu como la figura, la mente y los ideales de nuestro ilustre Libertador Simón Bolívar, creador del panamericanismo.

Muchas gracias por esas reflexiones que usted nos ha traído este día a esta sesión protocolar del Consejo Permanente. Nos conmueven y nos recuerdan que debemos continuar con nuestro incansable trabajo en pos de la unión de todos nuestros países, de la integración y la acción multilateral, desde el seno de esta Organización.

Damos entonces por concluida esta sesión protocolar del Consejo Permanente. Se levanta la sesión.